

y rompiendo como leve obstáculo cuanto se le oponía.

Aquella ola humana era irresistible. Pasaba como elemento libremente desbordado; era una tempestad oceánica...

Bajo sus olas iba a sumergirse el gobierno y el régimen parlamentario.

## CAPÍTULO X

### Caída del Parlamentarismo

Los acontecimientos de la mañana tuvieron enorme resonancia en el Palacio Borbón, adonde llegaron las noticias imperfectas, desnaturalizadas, amplificadas, y a la ansiedad siguió el estupor y la emoción. Los diputados, hasta entonces confiados en las palabras de los ministros y en los efectos del estado de sitio y de la ocupación militar de París, entrevieron el abismo adonde iba a precipitarles la tormenta.

¿Qué iba a suceder? No presentían inmediato peligro personal, porque el edificio estaba sólidamente protegido: a la entrada del puente de la Concordia, los batallones de guardias municipales impedían el acceso por la orilla derecha; por la calle de Borgoña, en la plaza, alrededor del Palacio, en el interior, en todas partes, desbordaban las tropas...

¿Cómo acabaría aquello?

En los pasillos, en el ambigú, formábanse grupos y se entablaban discusiones animadas

y apasionadas. Los de la mayoría acusaban a los socialistas como responsables del conflicto.

Abrióse la sesión en una atmósfera de febril irritación. Entre los ministros presentes, el presidente del consejo recomendaba la prudencia, no dejando transparentar la inquietud que le dominaba. Subió a la tribuna y reveló la gravedad de la situación, esforzándose en presentarla coloreada de optimismo y manifestándose dispuesto a resistir a todo trance. Hablaron después varios diputados, presentando inútiles y ridículas proposiciones y extendiéndose en recriminaciones inoportunas. No se les escuchaba: los diputados, poseídos de la mayor ansiedad, entraban y salían; no podían permanecer en su puesto, ávidos de noticias, preocupándose, menos de los discursos inútiles y ampulosos de sus colegas, que de lo que ocurría en el exterior. ¡Allí estaba todo el interés!

Las columnas de huelguistas, mezclados con soldados rebeldes, se aproximaban; afluían por todas las vías. Las bandas que llegaban por el muelle Voltaire y las del bulevar San Germán, se unían en la plaza del Palacio Borbón, en tanto que las que desembocaban por la calle Real o la de Rívoli inundaban la plaza de la Concordia.

En aquel momento, el rumor de la multitud,

que avanzaba con empuje de catapulta, dominaba todos los ruidos. Los guardias municipales que defendían el puente de la Concordia trataron de oponerse al paso de aquella multitud. Desenvainaron los sables, pero inútilmente, porque no pudieron moverse, por hallarse sumergidos en la masa popular que les ceñía, les sujetaba e impedía toda acción, siendo al fin empujados por la corriente.

Roto el dique, el pueblo llegó al peristilo de la Cámara.

Por la parte de la calle de Borgoña, la defensa resultó igualmente inútil. Había ametralladoras en los patios; pero no prestaron servicio, porque los soldados a ellas dedicados no quisieron hacer fuego contra aquellos invasores entre los cuales veía muchos camaradas.

La presencia de soldados entre los huelguistas fué en gran parte causa de la débil resistencia de las tropas que todavía continuaban fieles al gobierno.

Al fin la Cámara de los diputados fué invadida por todas partes por aquella irrupción irresistible. La multitud, ruidosa, febril, cólica, no tenía más que un objetivo: el salón de sesiones, y en él penetró con ímpetu de tromba, llenando el hemiciclo, los escaños y las tribunas, mientras muchos diputados juzgaron prudente retirarse.

Resonaron gritos, clamores, rugidos... De las tribunas públicas partió un tiro, visiblemente dirigido al banco ministerial. Un brazo desvió el arma y la bala se incrustó en las molduras del escaño, resonando al mismo tiempo estentóreas exclamaciones: ¡Abajo el Parlamento! ¡Viva la Revolución social!

Algunos hombres de buena voluntad, deseosos de que la revolución no se ensangrentara inútilmente, y que aspiraban a lograrla sin actos de venganza ni arrebatos de ira, procuraron librar a los ministros de la cólera popular, mientras sobre la escalinata de la tribuna oratoria se formaban racimos humanos.

Un manifestante trepó al sillón presidencial, derribó de un empujón al presidente, que cayó atolondrado e inerte bajo la mesa; ocupó la presidencia, y, agitando frenéticamente la campanilla, apaciguó la multitud y obtuvo silencio. De él se aprovechó para proclamar solemnemente, en frases claras, destacadas y resonantes como el trueno, la muerte del Parlamento, la disolución del Estado burgués y la amenaza mortal a los diputados que osaran permanecer en sus puestos.

Esa peroración, que acogió con frenéticos aplausos la multitud, suscitó las protestas de los diputados de la extrema izquierda, quienes, en el tumulto parlamentario, conservaron su

sangre fría. Los socialistas hubieran querido dar a los acontecimientos una orientación muy distinta: querían legiferar; su propósito consistía en encauzar la revolución por la vía del Estado, continuarla y reformarla a fuerza de leyes y decretos. Pensaban en revivir el pasado y exclamaban: «¡Proclamemos la Comunal... ¡Al Hotel de Ville!...»

Con gritos y voces negativas fué acogido aquel intento. Levantóse una tempestad como manifestación amenazadora de la multitud, entre cuyo imponente rumor se entendían protestas y amenazas de pulverizar todo renacimiento gubernamental.

Entonces se reveló cuán grande y profunda era la impregnación sindicalista.

Los gritos redoblaron su intensidad y energía: «¡No, no! ¡Fuera! ¡La Comuna no! ¡Abajo el parlamentarismo! ¡Viva la Revolución! ¡Viva la Confederación del Trabajo!»

El leader de la extrema izquierda, el gran orador que había dado tremendos golpes al régimen derrumbado, se abrió paso impetuosamente y alcanzó la tribuna. Su presencia fué acogida con nueva y dominante gritería: «¡Abajo los Milquientos!» como demostración de que, en su odio al parlamentarismo, el pueblo ya no hacía distinciones.

El tribuno, entre el ruido desencadenado,

habló esforzando la voz, reclamando silencio con el ademán, y, como el aceite derramado sobre las olas tempestuosas, sus palabras apaciguaron los furores y las exasperaciones revolucionarias. Se le quiso oír, y se estableció una calma relativa.

Con admirable don de asimilación, el gran orador definió la situación, describió el velo del porvenir y bosquejó el plan que sus amigos habían de seguir. Censuró a los diputados de la extrema izquierda, que hablaban de parodiar las revoluciones del pasado, y les rogó que renunciaran a sus intentos; que no dividieran al proletariado, que en las circunstancias presentes tenía más que nunca necesidad de estar unido en pensamiento y en acción.

«Hemos llegado al término de una época histórica, exclamó. Tengamos el valor de verlo y, sin pueril vergüenza, sin acrimonia, nosotros, los socialistas parlamentarios, reconozcámoslo: nuestra misión ha concluído. Hemos trazado el profundo surco y sembrado la buena semilla que ha germinado vivificante. Ahora, llegado el tiempo de la siega, dejemos a los segadores en su tarea. Dejemos hacer; dejemos obrar a las organizaciones sindicales. El eje social ha cambiado de dirección: ya no está en esta Cámara, ni en el Elíseo, ni en los ministerios, ni siquiera en el Ayuntamiento... está en la

Bolsa del Trabajo, en la calle de la Grange-aux-Belles. ¡Paso a la clase obrera! Dejémosla entrar en funciones, ocupar los primeros puestos. Volvamos a nuestra procedencia, sin herida en la vanidad, sin despecho; ya encontraremos medio de ayudar con nuestro esfuerzo...»

Mientras el tribuno socialista entretenía a los invasores con el encanto de su elocuencia, la mayor parte de los parlamentarios, especialmente los que sabían que el pueblo les odiaba, abandonaban para siempre la sala de sesiones; hasta tal punto, que cuando el orador terminó no había en aquel recinto más que la multitud, siempre creciente, y los diputados de la oposición.

Entre éstos surgía la desavenencia: había quien no veía nada más allá de la democracia, y desaprobaba formalmente y de buena fe la tesis del tribuno socialista, obstinándose en realizar su proyecto de «comisión provisional», de «gobierno revolucionario...» La denominación era lo de menos; ¡la cosa les importaba más que la etiqueta!

Pero los huelga-generalistas vigilaban. Su triunfo sería completo si se empeñaban en no dejar el campo libre a los parlamentarios, por buenas que fueran sus intenciones. Después de una breve deliberación, convinieron en que para hacer frente a toda tentativa de regresión

ofensiva del poder caído, o a un esfuerzo de restablecimiento del parlamentarismo, era necesaria la permanencia de cierto número de compañeros en el Palacio Borbón, y, en caso necesario, rechazar por la fuerza toda maniobra contra-revolucionaria.

La idea firme de desorganizar el Estado, de desmantelarlo y de desampararlo radicalmente, para imposibilitar la reconstitución del gobierno, era comprendida y sentida por todos. Respondía tan exactamente a las necesidades generales, que las diversas bandas de revolucionarios, después de haber asaltado la prefectura de policía, los ministerios, el Elíseo, etcétera, habían tenido la misma precaución; en todas partes habían dejado guardia de huelga-generalistas.

El Hotel de Ville no fué olvidado. Se ocupó con tanto mayor empeño, cuanto que por tradición se tendía a considerarlo como centro de actividad revolucionaria. Muchas veces, desde su balcón, cuando el pueblo había derribado sus gobiernos, los hombres que tomaron la sucesión del poder, allí recibieron la investidura autoritaria.

Pero eso pertenecía al pasado. En la actualidad el alma y el corazón del movimiento estaban en la Bolsa del Trabajo, en la Confede-

ración, en los centros sindicales, y hacia ellos afluían las multitudes.

La jornada, cuyo amanecer había sido lúgubre y amenazador, terminó felizmente. Tras las peripecias que acababan de ilustrarle, después de las dudas de los días precedentes, vino la noche serena, únicamente turbada por la exuberancia y el frenesí de la alegría popular.

El triunfo de la Revolución se anunciaba irresistible; el derrumbamiento del poder parecía completo, irremediable. Los hombres que habían asumido la responsabilidad de la resistencia, presidente, ministros, oficiales superiores y grandes dignatarios del Estado, se habían eclipsado, habían desaparecido. Y como consecuencia de aquel derrumbamiento, de aquella desbandada, el resto del ejército quedó aniquilado. Los oficiales, en su mayor parte, se habían ocultado, y los que quedaban eran los que se hallaban impregnados de aspiraciones sociales y que, estimados por sus soldados, estaban a punto de participar de la alegría popular.

En cuanto a los soldados, vueltos al pueblo, mezclados con él, eran en todas partes festejados y acogidos fraternalmente, considerando que habían contribuido en gran parte al éxito de la jornada y al triunfo de la Revolución.

Después de los angustiosos apuros de la huelga, todos, burgueses y obreros, disfrutaban de la calma. Para los primeros, sin embargo, la calma tenía su mezcla de inquietud: ¿Qué sería aquella renovación social? Para los segundos, lo desconocido de mañana presentía alegrías, era la realización de esperanzas de tanto tiempo y a tanta costa sostenidas: era el fin de las penas de la miseria.

## CAPITULO XI

¡A los bancos!

Todos los comités de las organizaciones sindicales estaban en actividad, continuaban casi en permanencia, dominados por una fiebre de acción que aumentaba por momentos.

No bastaba haber derribado el Estado centralizado, militarizado, expresión del derecho romano y cesáreo; la verdadera tarea comenzaba desde el instante de aquella caída: era necesario continuar la marcha de la máquina social; sobre todo era urgentísimo asegurar las subsistencias, evitar el hambre.

Sobre esas dificultades de primer orden aparecieron las molestias, felizmente relativas, suscitadas por los obstinados partidarios del etatismo socialista, empeñados en desviar la revolución hacia las vías gubernamentales. Su decepción de no haber podido instaurar un poder cualquiera en el Hotel de Ville no les hizo desistir de su proyecto. Estaban confu-